

internacionalismo; la voluntad de forma y la apertura a las influencias exteriores benéficas (que no deben ser mutuamente excluyentes sino complementarias dentro de una graduación delicada y dinámica).

Y cuando la política lingüística se reduce al cultivo lingüístico —lo decimos nosotros— generalmente corresponde a una actitud conservadora o misonista: a un intento de detentar indefinidamente el poder, o de ejercer, hasta la consumación de los siglos, una influencia predominante y, en ciertos países —como México— equivale a una suicida abstención tácita o expresa del gobierno nacional que deja que, por esta vía se infiltren toda una serie de influencias nefandas que dañan profundamente a su población, que se ejercen desde centros decisivos de fuera del país o por intermedio de otros internos al mismo, operados por manos y mentes poco representativas de las necesidades y anhelos de la población mexicana de hoy que tiene raíces con la población española del Siglo de Oro, por ejemplo, pero que no se confunde con ella ni geográfica, ni social, ni histórica, ni culturalmente, como parece creer quien ve en la puesta de los Entremeses Cervantinos en Guanajuato, la vía para que la lengua oficial de México... de un México que intenta modernizarse al tiempo que acendra sus tradiciones... se depure y desarrolle).

Respecto de algunos de los pronósticos de Nikol'skij, deseamos que sean acertados; que el futuro acarree para todos los pueblos de la Tierra una democratización creciente, manifiesta —también— en el aspecto sociolingüístico; pero nos parece que este autor no explora una forma de prognosis y de manipulación lingüística que a nosotros nos tienta y apasiona; que apuntaría hacia la constitución de interlenguas regionales, de común raíz genética o basadas en la unión lingüística. Ese esfuerzo tendría que ex-

plorar, por ejemplo, si, así como hubo una fragmentación lingüística de la Rumania no podría y debería haber una futura coalescencia lingüística de las lenguas neorromanas —que quizás no para el uso diario pero sí para el erudito— no reconstituiría el latín vulgar (o, más aún el clásico, paraíso perdido e irrecobable) sino constituiría una lengua que recogería y sistematizaría lo mejor de las tendencias innovadoras del portugués, del castellano, del francés, del italiano, del rumano, y nos permitiría tener a todos los pueblos de habla neorrománica una lengua común para entendernos en forma parecida a como les permitiría a todos los eslavos (o a todos los habitantes de los Balcanes) tener otras, y así sucesivamente.

La prognosis, el cultivo, la planeación, la pedagogía lingüísticas son actividades que adquieren cada vez más importancia; que la tendrán máxima —en uno y en el otro lado del mundo— antes de que termine el presente siglo. Para entonces se habrán reconocido las posiciones retrógradas de quienes pasado el medio siglo aún logran ocultarlas o enmascararlas, la alineación de las fuerzas será clara y esperamos que, al menos, el trabajo vanguardista se habrá iniciado. Para entonces, incluso pequeños trabajos como éste de Nikol'skij serán reconocidos como aquellos que abrieron brecha en una fortaleza que ya se resquebrajaba, pero que aún parecía intacta.

Oscar Uribe Villegas

Chanoch Jacobson: "Processes of Modernization in the Minority Villages of Israel." *International Technical Cooperation Center Review*. II, 1 (5), 1973.

"Modernización" es un término cuya carga, en apariencia, es positiva; pero que, después de un escrutinio más dete-

nido, no resulta tan unívocamente bueno. En él se suelen incluir muchos procesos, muy heterogéneos (como la urbanización, la industrialización, la secularización, la tecnificación...) que, además, no tienen —cada uno, de por sí— la misma significación para todas las sociedades. Algunos de ellos (la secularización quizá más que los otros, pues la vuelta de las teocracias, abiertas o encubiertas, sería un retroceso) son menos discutibles. Otros, lo son más, y una sociología de la sociología (en cuanto forma particularizada de la sociología de la ciencia) quizás pudiera descubrir la carga ideológica del término, promovido desde los centros imperiales, y acogido calurosamente (en forma ingenua y no crítica) en las periferias de los imperios; podría descubrir, quizá, que la búsqueda de la modernización no calificada (hay otra, calificada por expresiones como “dentro de la autenticidad”) no es sino la apatía que los grandes centros de producción de bienes, de servicios, de tecnologías, han sabido despertar —al través de sociólogos poco alertados o bien pagados— hacia los productos metropolitanos. Corresponde al deseo, no siempre racional, que los habitantes del Tercer Mundo desarrollan por satisfactores que tienen que comprar caros en las metrópolis de la civilización y que, contra lo que les hacen creer, a veces les brindan poca o nula satisfacción.

Los incautos suelen oponer la modernización a la tradición, y cargar positivamente a la primera y negativamente a la segunda. Como si los mismos centros que promueven con tanto empeño la modernización de “los otros” (de acuerdo con sus propios patrones) no fueran precisamente los beneficiarios del cultivo de sus propias tradiciones (Inglaterra, taller del mundo, en otro tiempo). Porque, si bien la tradición y la modernidad se pueden encontrar en los *extremos* de un continuo (Vilar decía, en el

Congreso de Historia Económica de Leningrado, al que asistimos en '70, que todo, en el mundo, se moderniza desde el principio de la historia), la modernización y la tradición no pueden constituir los *polos de una valoración* social. El sociólogo, como tal, puede señalar que ciertos hechos sociales son tradicionales, que otros son modernos; puede situar unos y otros en la escala de hecho, que reproduce el orden de su aparición histórica; pero, tiene que ser el filósofo de la historia, el político, el pedagogo quien, a su vez, tome esos hechos de la escala, para construir su propia polaridad, y clasificar ciertas tradiciones como buenas y otras como malas; ciertas innovaciones como buenas y otras como malas... siempre en relación con ciertas finalidades de realización socio-personal: de logro nacional y de realización de un proyecto personal.

Fuera de esa precaución —indispensable— frente a los cada vez más frecuentes trabajos sobre la modernización, estudios como el que nos presenta aquí Chanoch Jacobson, son bienvenidos, porque, aunque no tengan éxito total en cuanto a salvar todos los obstáculos ideológicos (¿es tan inmediatamente aceptable que la familia nuclear sea más moderna que la extendida? ¿es axioma o teorema el que la nuclear es funcionalmente más adecuada para el empleo de la tecnología moderna?), intentan por lo menos esa aventura —quizás desesperada— de hacer operativo el término “modernidad”; tratan de definirlo en función de un “nivel de tecnología, manifiesto en el comportamiento de los individuos y de las aldeas”.

Y, si hemos decidido llamar la atención hacia este artículo, ha sido más por ciertos aspectos suyos de especialización técnica interesante que por el más deseable y fundante rigor metodológico en el que no destaca.

Jacobson (como los colegas suyos a

quienes se refiere) reconoce que la modernidad es un proceso complejo que —como casi todos los sociales— hay que analizar en sus componentes, con el fin de aprehenderlo fiel y sistemáticamente. Reconoce —también— que no todos esos aspectos pueden ser objetivos e inequívocos, y que —entre los menos equívocos de sus componentes se encuentra el cambio tecnológico— con respecto al cual sí son aceptables términos como “avance” e “incremento”, puramente cuantitativos e inaceptables en otros sectores.

Ese cambio tecnológico se concibe como todo aquello que permite realizar unas mismas tareas en forma más rápida, más eficaz o menos esforzada, y aborda también aspectos de organización social y gerencia.

En concreto, a los investigadores israelíes les interesaba, en este caso, estudiar las aldeas agrícolas (particularmente, las de las minorías políticas) de Israel. Para ello, hicieron un análisis multivariado y las clasificaron: de acuerdo con una dimensión que reflejaba las condiciones agrícolas y otra que reflejaba el estado de los servicios locales. Seleccionaron treinta aldeas y tomaron, de ellas, una muestra estratificada de mil seiscientos aldeanos por entrevistar con un cuestionario de doscientas cincuenta preguntas orientadas a la determinación del nivel técnico y la conducta social.

Las variables se referían a: a) comportamiento, b) grupos, c) respecto de áreas vitales, d) para ciertos grupos de población, e) en determinados momentos. Los autores ligaron estas variables y las relaciones hipotéticas dentro de una frase de seis fases, que afirmaba que:

La modernización de una aldea es el grado en que [individuos y comunidad] manifiestan: A) [conocimientos, actitudes, actividades] referentes a B) [ocupaciones, procedimientos, técnicas, recursos, personal, programas y totalidad grupal del grupo aldeano] en relación con C) [consigo mismo, la familia, los individuos,

la aldea, las instituciones del Histradut y las otras instituciones], con respecto al área vital, D) [ambiental, de las relaciones sociales, de la política, de la economía, de la agricultura, de la educación, de la medicina, de la administración y de la residencia], E) [para uno mismo, la familia, los individuos, la aldea, las instituciones del Histradut, otras instituciones] en F) [el pasado, el presente y el futuro] grado que puede alcanzar un nivel alto o uno bajo de tecnología.

Las dimensiones de la modernidad —en este estudio— lo fueron: 1. la producción, 2. el compromiso con la vida aldeana, 3. la orientación hacia el medio y 4. el uso del espacio aldeano. La segunda es una dimensión sicosociológica y la última una ecológica.

Cada dimensión se midió mediante tipologías como: 1. la potencialidad para la agricultura de irrigación y su uso, y las otras potencialidades y usos técnicos; 2. la de los patrones de consumo, de uso de los servicios públicos y de alertación y comunicación con el exterior; 3. la de conservación o separación de los patrones de la familia extensa, los contactos de los aldeanos con las instituciones públicas nacionales y los cambios de estructura ocupacional; 4. la de la diferenciación en los usos del espacio aldeano (para alojamiento, cultivo y servicios).

A partir de esas tipologías, con procedimientos del análisis escalogramático de Guttman, se hicieron diez calificaciones aisladas, que se reunieron en cuatro y se sujetaron a dicotomización en “altas” y “bajas” en cuanto a nivel tecnológico.

Los resultados aparecen en un diagrama, en el que figuran las cuatro calificaciones: 1111, 2111, 1112, 2211, 2112, 1212, 2221, 2212, 1222 y 2222, de las cuales, la primera (que suma 4) se considera “muy baja”; las dos siguientes (que suman 5) “bajas”; las tres siguientes (que suman cada una, 6), “medias”; las tres que les siguen (que suman 7)

“altas”, y la última (cuya calificación es de 8) “muy alta”.

Los tipos están clasificados en dos: el primero, aquel en que hay un predominio de la dimensión productiva; el segundo, aquel en el que predomina la orientación hacia el ambiente.

De las treinta aldeas estudiadas, se encontraron: cinco con la calificación “muy baja”; seis, con la “baja”; doce, con la “media”; cinco, con la “alta”, y dos, con la “muy alta”.

El autor mismo subraya —en estos casos— que hay dos procesos muy diferentes de modernización, pues unas aldeas tienen un potencial para incrementar su agricultura y lo usan como precondition de desarrollo (al convertirlo de potencia en acto o realizarlo), mientras que las otras tienen pocos medios productivos y se vuelven hacia la alternativa de emplear el exceso de su fuerza de trabajo en labores remuneradas fuera de la aldea, que, así, “bombea capital hacia la economía aldeana”. Lo que no resulta claro es si existen aldeas con un potencial de incremento de la agricultura que *NO* lo usan, y otras que aun *SIN* tener exceso de fuerza de trabajo, prescindan de la que tienen para lograr ese bombeo de capital hacia la comunidad aldeana (los otros dos casos deductivamente posibles que, además, representarían el máximo negativo).

Los estadios del proceso, después de este “despegue” a lo Rostow, difieren; pero la planeación apunta hacia la necesidad que hay de volver consciente y de canalizar en forma adecuada un proceso que fue descubierto de manera intuitiva por las aldeas mismas.

Oscar Uribe Villegas

Geoffrey Wagner: *Elegy for Corsica*. Cassell, London, 1968, 181 pp.

¿Es el Corso una lengua que muere o

una lengua que renace? Es esta la pregunta básica a la que trata de dar contestación Geoffrey Wagner, en su libro intitulado *Elegy for Corsica* en el que se refiere a algunos aspectos de la situación lingüística en Córcega. Una de sus primeras caracterizaciones es en el sentido de que el corso es un *clipped language* en un grado mucho mayor que aquel en que lo son los dialectos italianos. Esto se refiere más al idioma hablado que al escrito, que difiere mucho de él.

En Córcega, según Wagner, particularmente en el ambiente pastoril, se ha desarrollado una tradición de silencio. Se ahorran las palabras y las que se tienen que pronunciar, se acortan. Él observó, por ejemplo, que las conversaciones largas le producían incomodidad a su informador.

El corso es una realidad lingüística que suele suscitar controversias, ya que mientras unos le reconocen una larga y prestigiosa tradición, otros se la niegan y lo consideran, peyorativamente, como un “dialecto”. Sus partidarios son muchos, incluso en las universidades, y hay quienes —como Joseph Chiari— comparan el desarrollo de Córcega con el de Escocia, lo cual —hasta cierto punto— parece legítimo, pues tanto el corso como el *dollans* poseen títulos para el reconocimiento oficial, aun cuando el primero parezca poseer menos testimonios o manifestaciones literarias que el segundo.

Wagner mismo indica que hay periódicos en corso (*U Muntense*); que hay columnas en corso en los periódicos franceses, y que hay congresos académicos, (como el reunido en Baraci) en el que se debaten problemas importantes como el de la amalgamación de dialectos y vocabularios, el del establecimiento de reglas gramaticales y de deletreo. Él indica —también— que sigue en proceso, pero muy lentamente, la constitución de un gran diccionario corso.

El corso “suena como italiano”, los